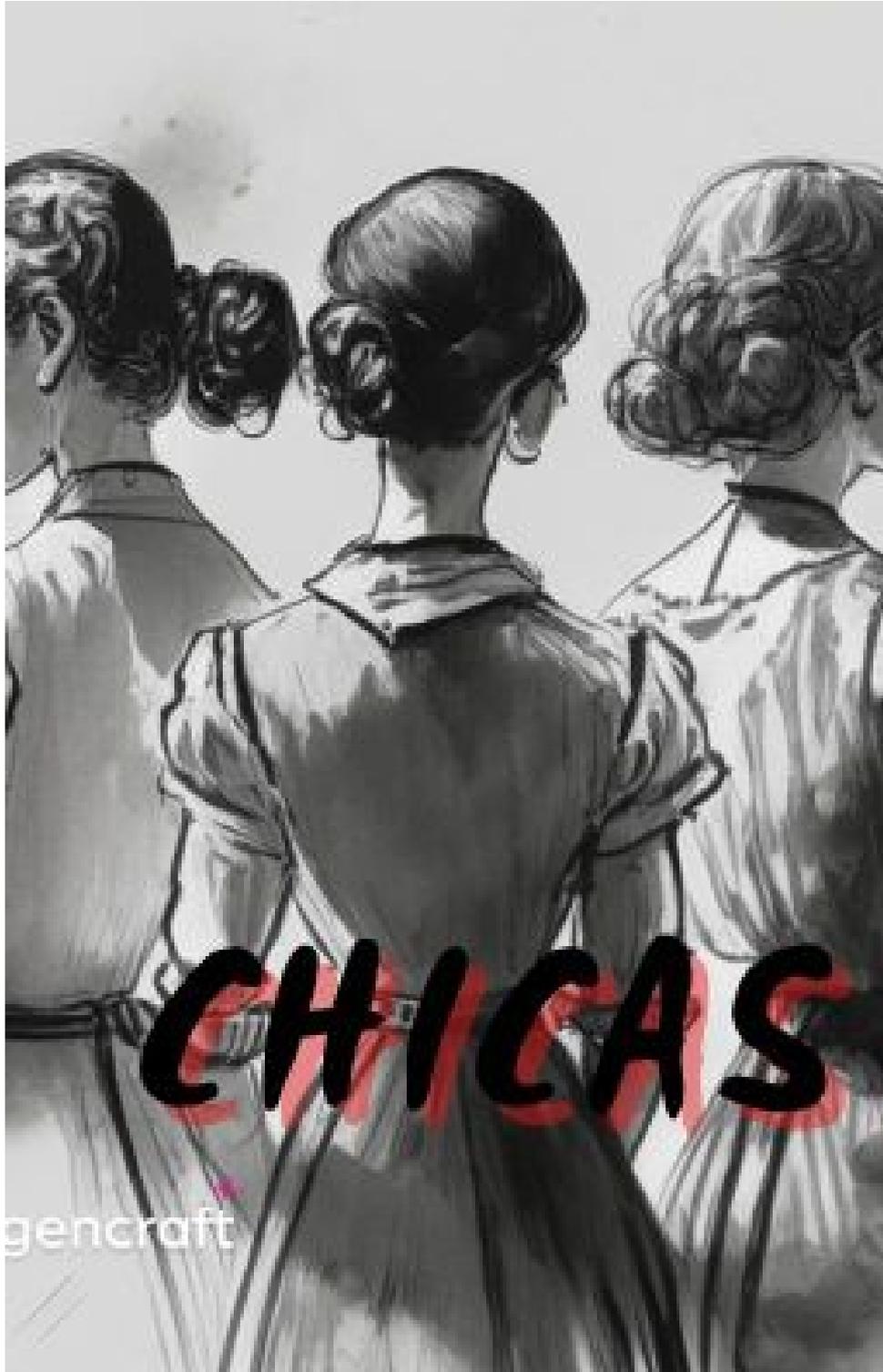


Chicas

Diego Alberto Nuñez



Capítulo 1

CHICAS

1

Don Epifanio Velázquez era un hombre sereno, de andar cansado y de mirada cálida. Sus grandes ojos, negros como el carbón, exudaban una cordialidad casi palpable. De cuerpo rollizo, grande como un ropero, y poco cabello cano que aún sobrevivía en su redonda cabeza, su boca parecía estar siempre curvada en una gran y amistosa sonrisa. Su esposa, Luisa, físicamente era todo lo opuesto: pequeña y delgada, con un rostro anguloso rematado por un par de hermosos ojos verdes como esmeraldas. Sus cabellos, ahora blancos como la nieve, pero rubios como los rayos del sol en su juventud, caían gráciles sobre sus hombros. Podían llegar a ser muy diferentes exteriormente, pero ambos eran idénticos en su manera de ser, compartiendo esa bondad y ese optimismo que, para algunos, resultaba algo empalagoso. Claro que a ellos dos no les importaba lo que esa gente tenía para decir.

Pero Don Epifanio, a pesar de vivir en lo que podía llamarse una mansión, con sus diez y tantas habitaciones, obtenida tras haber amasado una pequeña fortuna en el rubro de la construcción, seguía siendo un tipo humilde, para nada ostentoso. Esa casa era su único lujo; era su tesoro amado. Era el producto de años y años de romperse el lomo trabajando, sin pedirle nada a nadie y sin deberle algo a alguien.

Él y su esposa Luisa llegaron desde España en el año 1878, siendo apenas unos adolescentes cuando sus padres, coincidentemente, acordaron enviarlos a Argentina porque, en sus respectivos pueblitos, literalmente se estaban muriendo de hambre. Se conocieron en el mismo barco con el que cruzaron el Atlántico, durante una tarde en la que el mismísimo dios Poseidón, borracho como nunca, pareció haber armado la fiesta de su vida, a la cual invitó a algunas de sus olas más descontroladas, además de truenos y relámpagos fiesteros y pasados de alguna sustancia que sólo ellos son capaces de crear en su Cielo o en donde carajo habiten.

Ambos arribaron al puerto de Buenos Aires sólo con lo que llevaban puesto y un pequeño bolsito con alguna que otra posesión ínfima. Se casaron y trabajaron codo a codo, sin descanso. Vivieron en pensionas húmedas y olorosas, rodeados de chapas agujereadas y ventanas sin vidrios. Y nunca decayeron, a pesar de piedras del tamaño de una montaña y de cataratas de meada de elefante que caían con frecuencia sobre ellos. Pero siguieron.

Ahora, a su edad de setenta y pico y una vida llevada de una forma maravillosa, Epifanio, desde hacía unos años, vivía retirado en medio del

campo, lejos de la ciudad, junto a su querida compañera de toda la vida, en ese hogar al que había llamado "La Catalina".

Por cierto, Catalina era el nombre de su hija. Y Catalina había muerto cuando sólo tenía trece años, cuando una jauría de perros muertos de hambre la atrapó viniendo de la escuela. ¿Por qué las autoridades jamás habían escuchado las quejas de las personas sobre estos animales descontrolados? Porque les importaba —y les importa— un carajo. Después de eso, ambos decidieron no tener más hijos. Durante años, era habitual el cuchicheo entre vecinos haciendo referencia a la forma en la que el matrimonio había reaccionado frente a la muerte de su hija. ¡Y encima de esa manera tan brutal! Algunos, incluso, llegaron a afirmar que la sonrisa que tanto ella como su esposo exhibían, era producto de una evidente locura. Claro, esto no era algo descabellado teniendo en cuenta ese macabro suceso...

Lo cierto es que ellos eran así; eran personas amables, dulces y afectuosas, además de generosos con aquellos que lo necesitaban. Con el paso del tiempo, los rumores cesaron, mientras que el matrimonio Velásquez progresó, tanto en lo personal como en lo económico.

Ahora, en 1938, a cincuenta y un años de la muerte de su hija, la pareja vivía feliz en su querido hogar, en medio de la silenciosa nada verde y las noches de mantos estrellados, lejos de la ciudad que los había visto prosperar.

Ese día, una calurosa mañana de un sábado de febrero, Epifanio y su esposa Luisa estaban solos, acompañados únicamente por el monótono chirriar de los insectos excitados por el calor. Él les había otorgado el fin de semana libre a los trabajadores que ayudaban en el mantenimiento de la mansión, tal como acostumbraba hacerlo a menudo para que éstos pudiesen visitar a sus parientes, si así lo deseaban.

Fue cerca del mediodía cuando escuchó voces de mujeres llegando desde la parte de atrás de la casa..

2

La policía llegó pocos minutos después del cierre del local. Mejor dicho, les *dijeron* que estaban llegando. Ellas no vieron ni a los agentes ni a los patrulleros. *Madame* Cristal irrumpió en la habitación que las tres compartían y, en medio de gritos histéricos, les ordenó que se vistieran y estuvieran listas para salir de allí en un par de minutos. Estaba exaltada, gritando que "la *cana* estaba llegando" y, si no se apuraban, "se las iban a llevar a todas". Llevaba su largo y sedoso cabello oscuro suelto, sin los arreglos que a ella tanto le gustaba exhibir cuando presentaba a "sus"

chicas.

Madame Cristal andaba cerca de los cincuenta años, aunque aparentaba algunos más. Y eso era lógico, después de todo, regentear un conocido burdel céntrico no era un trabajo para cualquiera, más teniendo en cuenta que su dueño, un tal Osorio, era uno de los tipos más jodidos y pesados que la ciudad había visto en años. Madame Cristal les gritaba a toda hora, tratándolas como basura, incluso de manera sutil cuando estaban delante de los clientes, pero esa mañana, las tres chicas notaron que, además de su carácter de mierda habitual, estaba asustada.

El burdel Costa Azul había cerrado a las ocho de la mañana, como lo hacía todos los días, incluidos los domingos, por ese motivo, cuando madame Cristal entró a la habitación a los gritos, las chicas se aprestaban a descansar tras una noche de escasa concurrencia. Las tres jovencitas que compartían esa habitación creyeron, en un principio, que la *vieja* Cristal estaba de muy mal humor justamente por los contados clientes de la noche, cosa que para cualquiera no tendría sentido, ya que ellas no eran culpables por esto, pero para lo lógica de Cristal sí lo eran. Y no fueron pocas las veces en las que descargó su ira insensata sobre los cuerpos de algunas de las doce chicas, a las que ella se refería como *acompañantes*.

Carla fue la primera en comprender lo que estaba sucediendo; no era la primera vez que lo vivía y tampoco, como bien sabía, sería la última. Era la mayor de las tres compañeras: tenía veintidós años y hacía casi tres que "trabajaba" para Osorio y, a diferencia de la mayoría de las otras chicas, ella había llegado a manos de madame Cristal por su propia voluntad, aceptando ese sórdido mundo sólo como una necesidad de subsistencia. Las otras chicas del burdel se aferraban a ella cuando sentían que el mundo les caía encima con sus manos ásperas y sudorosas sobre sus jóvenes cuerpos, encontrando en Carla una especie de hermana mayor. Siempre sonreía, a pesar de los malos tratos por parte de algunos clientes y de la propia Cristal, pero no dudaba en ponerse delante de las más jovencitas, lista para confrontar los caprichos de la vieja, logrando, a veces, hacerla desistir en su habitual práctica deportiva favorita de "péguele a las chicas, pero no en el rostro". Tenía un carácter muy fuerte "la Colorada", como la apodaban por su cabello lacio y tan rojo como el fuego del sol de la tarde. Sus ojos azules conformaban un rostro de una belleza pocas veces vista.

Cuando Carla escuchó la palabra "cana", supo de inmediato lo que pasaría: las cargarían en un camión y las llevarían a alguno de los otros tantos burdeles de Osorio, por lo general, a un par de cientos de kilómetros. Cuando todo el revuelo hubiese encontrado calma, las regresarían al Costa Azul. Así eran las cosas. Y así serían por siempre. Sin dudarlo, armó una pequeña maleta con un par de mudas de ropa, algún que otro artículo de higiene e instó a las otras dos a que hicieran lo

mismo.

Cuando la policía pide una *colaboración* un poco más... generosa, el Manual Integral del Coimero indica que uno nunca debe negarse, pero Osorio, si bien no lo hacía, tenía por costumbre no ceder al primer apriete, por lo cual ocurrían cosas como las que ponían muy nerviosa a madame Cristal, pero no a Carla. Ella se mantuvo en calma y comenzó a serenar a sus dos compañeras de cuarto, quienes no parecían entender nada de lo que ocurría.

Junto a la Colorada se encontraba Ernestina, "la Tina" como la conocían los clientes. "Esta noche quiero a «la Tina»" le indicaban a Cristal algunos tipos, mientras exhalaban su aliento cargado de alcohol en el rostro de la madame, a quien eso le importaba un carajo mientras pagaran lo que la Tina costaba. Era una chica bajita, de cara redonda y ojos negros. Su cabello, algo ondulado de un color azabache muy intenso, bailaba grácilmente sobre sus hombros desnudos. Muchos clientes también pedían por ella como "la morocha", aunque era algo ambiguo ya que morochas había varias en el Costa Azul. Pero madame Cristal siempre sabía que se referían a la Tina. Tenía veinte años y había sido *introducida* al negocio por uno de los guardaespaldas de Osorio, encontrándola en un pueblito del interior un año antes y trayéndola a la ciudad mediante los clásicos engaños que calañas como esas saben pronunciar con gran elocuencia. Forzosamente, Ernestina tuvo que amoldarse a su nueva vida, mediante amenazas y golpes, encerrada entre ese nauseabundo lujo nocturno de arañas de piedras brillantes y candelabros de plata.

Destino similar le tocaba vivir a la tercera chica de la habitación. Su nombre era Natalia y era la más jovencita de las tres, con sólo 18 años... según lo que Cristal afirmaba ante los clientes. Algunos rumores malintencionados sostenían que Natalia sólo contaba con dieciséis. Parecía una muñequita refinada, con su largo y algo rizado cabello rubio y su carita de porcelana adornada con un par de enormes ojos azules como un cielo sin nubes; una imagen totalmente opuesta a la que mostraba sólo unos pocos meses antes. Había sido una niña de "la calle", una huérfana como otras tantas que pululaban entre los callejones húmedos y podridos de la ciudad, viviendo de montones de basura, revuelta por sus propias manos en nocturnas incursiones clandestinas. Habitaba los restos abandonados de un caserón de los años de la colonia, compartiendo esos mohosos cuartos con decenas de chicos y chicas de su misma condición. Durante una de las tantas redadas, Natalia no tuvo suerte en su intento de escape y cayó bajo los bastones de la policía. Cuando el comisario del destacamento al cual fue llevada, con la intención de derivarla luego a alguno de los tantos orfanatos con notoria fama de ser verdaderas sucursales del infierno, reparó en su belleza —oculta bajo toneladas de mugre, por cierto— supo que allí, delante de sus ojos, tenía una pequeña fortuna al alcance de su mano. Bueno, tal vez no una fortuna, pero sí un

ingreso extra, fuera de las *donaciones* que recibía a diario.

Teléfono.

Osorio.

\$\$\$\$\$.

Madame Cristal la hacía llamar "Natasha" porque, según la vieja, venía directamente de Rusia. Al menos eso les decía a los clientes del Costa Azul. Por ese motivo, también se la conocía allí como "la Rusita". Claro que Natalia tenía tanto de rusa como un comechingón. En fin... Lo cierto era que la Rusita seguía prefiriendo la vida de la calle antes que estar encerrada en ese palacete de decadencia, teniendo que soportar a decenas de tipos por noche en muchas oportunidades, asfixiándola, sintiendo que el mundo la aplastaba bajo el peso de un cerdo de cabeza calva y extrañado de baño alguno desde hacía días. Madame Cristal intentaba ser algo selectiva con sus clientes, exigiendo —a veces— ciertas normas de presencia para no aparentar ser un local de mala muerte, pero, si la billetera de algún mugriento oloroso era abultada, pues bien, que la servicial acompañante se tapara la nariz.

Si bien la comida y el abrigo no le faltaba, el tener que soportar esa vida de mierda la estaba consumiendo tanto física como anímicamente. Sus compañeras la detuvieron en dos ocasiones, sosteniendo un cuchillo apoyado en su muñeca izquierda, a punto de hundir la hoja de metal bajo la escasa carne. La Rusita no aguantaba más. Y ellas bien sabían que sólo era cuestión de tiempo para que lo intentara de nuevo.

Esa mañana, cuando irrumpió la vieja en su habitación, sintió que sus piernas flaqueaban ante el terror...

Sólo unos minutos después, las tres ya vestidas y llevando en una de sus manos las maletitas, salían juntas por la puerta principal del Costa Azul. Otras chicas del burdel eran subidas en pequeños coches, en grupos de no más de cuatro, los cuales se perdían raudamente por el empedrado de la calle. El grupito de Natalia permaneció inmóvil, junto a Cristal y uno de los matones de Osorio, esperando la llegada de algún coche. La vieja lanzaba miradas asustadas en todas direcciones, a la espera tanto de un vehículo para sacar a las chicas de ese lugar como a los patrulleros de la policía. Entonces, doblando por la esquina, apareció un viejo camioncito de reparto de diarios, traqueteando sobre los adoquines de manera ruidosa. Lo conducía un hombre de edad avanzada, muy delgado, con una nariz enorme y escaso cabello blanco repartido alrededor de la base del cráneo. Madame Cristal reconoció al chofer como uno de los tantos que trabajaban para Osorio. El vehículo se detuvo delante de la entrada, lanzando

bocanadas de humo negro por el escape.

El taxi de lujo para las tres chicas había arribado. Entre ella y el matón de traje y sombrero "ayudaron" a las jóvenes a montarse en la caja de mercancías de la camioneta. No fueron muy delicados al hacerlo por supuesto, empujándolas prácticamente. La Colorada recibió un raspón en su rodilla, además de un golpe en el codo al caer dentro del estrecho habitáculo.

—Ni se les ocurra hacer alguna estupidez —advirtió madame Cristal, mientras el tipo del traje cerraba de un golpe la puerta. Inmediatamente, la camioneta se puso en marcha.

Natalia, sentada sobre el suelo, abrazó sus rodillas y hundió su rostro entre éstas. Por su parte, Ernestina sólo miraba hacia el frente, sin expresión alguna en su redondo rostro. Carla, la Colorada, se acercó a la más jovencita, rodeándola dulcemente con su largo brazo y apoyando su melena rojiza sobre la cabecita rubia.

—¿A dónde vamos? —preguntó la Tina. Carla alzó sus hombros.

—Volveremos pronto —sostuvo, sin responder la pregunta de su compañera. Y no hubo ningún otro intercambio de palabras mientras duró el viaje.

3

El calor dentro de la caja de la camioneta era agobiante. Las tres chicas sentían la urgente necesidad de beber algo, pero Carla sabía que de nada serviría pedirselo al chofer, ni siquiera aunque se lo rogaran. Así de fieles eran los perros que trabajaban para Osorio.

La chica del cabello rojo calculó que habían pasado unas tres horas de traqueteo, por lo que ya sería cerca del mediodía. El cansancio había vencido a la Rusita, quien dormía, habiéndose alejado de la precaria seguridad de la guarida entre sus rodillas para dejar caer su cabeza sobre el regazo de Carla. Respiraba ruidosamente mientras ella la contemplaba amorosamente y preguntándose por qué mierda una chica —¡una niña!— tenía que estar soportando todo eso. Alzó luego la vista y notó que la Tina también se estaba quedando dormida, cayendo su cabeza hacia delante, despertándose asustada para luego volver a cerrar los ojos.

Haciendo un gran esfuerzo por no dormirse ella misma, La Colorada entendió que su destino estaría próximo, siempre y cuando estuvieran yendo al mismo lugar al que la llevaron tras la última incursión de la policía. Obviamente, la ciudad había quedado lejos. La camioneta se sacudió frenéticamente cuando su conductor aumentó la velocidad. Posiblemente estaría atrasado el muy idiota y, temiendo alguna

reprimenda por parte de Osorio, aceleró. Por los sacudones y como era de esperar, la Colorada supo que estaban transitando un camino de tierra en muy mal estado.

Ni siquiera hubo una frenada antes del golpe. Del primer golpe, mejor dicho. De pronto, tras el segundo, las tres chicas se vieron empujadas por una fuerza invisible contra la pared delantera de la caja de la camioneta. La Rusita salió volando del regazo de Carla, estrellándose aparatosamente junto a Ernestina...

El viejo de nariz grande, como buen borracho que era, se había nutrido aquella mañana con un energizante desayuno a base de ginebra, acompañado por un vaso de vino de paupérrima calidad. Apretó el acelerador, dejando atrás el camino, junto a arbustos, árboles y una tranquera abierta perdida por ahí. Seguramente fue un segundo en el cual sus parpados decidieron cerrarse, ajenos a cualquier intento por parte de su cerebro de mantenerlos abiertos para permitirle a sus ojos ver cualquier cosa que se interpusiera en su camino, como, por ejemplo, un ternero alejado de su madre. El viejo idiota alcanzó a verlo, pero iba demasiado rápido como para realizar alguna maniobra, además de embotado en alcohol, claro, por lo que se llevó puesto al animal marrón, el cual salió despedido unos metros, con su muslo destrozado y sus entrañas de aspecto resbaladizo serpenteando al aterrizar sobre un costado de la carretera de tierra reseca. El control de la camioneta se tornó ingobernable y, en una fracción de segundo, quizás antes que el ternero reventado tocara el suelo, se estrelló contra el grueso tronco de uno de los tantos árboles que flanqueaban el camino. Y el viejo de nariz grande partió a hacerle compañía al animal, hacia el cielo de los borrachos y de las vacas, si es que existe algún lugar así.

Tras el impacto, la puerta de la caja de la camioneta se abrió. Reaccionando al instante, como lo haría una madre o, en su lugar, una hermana mayor, Carla se aseguró que sus compañeras estuvieran fuera de peligro. Notó que, dejando de lado algunos magullones, las dos chicas parecían estar bien. Ella también lo estaba; quizás algo aturdida, pero nada preocupante. Gateó hasta la puerta abierta y se asomó por ésta, descubriendo que, tal como lo esperaba, estaban en medio de una ruta campestre. No podía asegurar si se trataba de la misma que ya había transitado en otra oportunidad, ya que todas las rutas campestres se parecen, pero tampoco era algo que le preocupaba demasiado en ese momento. Se volvió a las chicas y les indicó que descendieran.

Temblorosas, ambas obedecieron, ayudadas por la Colorada, quien luego les indicó que permanecieran allí, mientras ella se acercaba a la cabina del conductor desde el lado derecho; no quería que sus compañeras tuvieran que enfrentarse con un posible cadáver. Y, en efecto, con un cadáver se encontró. El chofer de nariz enorme aún estaba sentado en su butaca, pero el volante se había encariñado con él y había decidido aferrarse a su

pecho en un abrazo demasiado afectivo, todo esto producto del choque contra el árbol. Su cabeza de escaso cabello gris, estaba inclinada hacia adelante, con una catarata de sangre manando por su boca entreabierta. La Colorada, poco impresionable como de costumbre y sin sentir algún tipo de compasión por aquel infeliz, dio media vuelta y regresó a la parte trasera de la camioneta.

Después de todo, ese viejo con cara de pedófilo borracho no era otra cosa que un servidor de Osorio.

—¿Está muerto? —preguntó la Tina, entre sollozos. Su compañera asintió—. ¿Y ahora qué hacemos?

Carla intentó orientarse bajo el fuerte sol del mediodía, hallando sólo el camino de tierra flanqueado por árboles y un campo interminable por todos lados. Las cigarras chirriaban en su ensordecedor y monótono canto y algún que otro pájaro atrevido se animaba a desplegar sus alas bajo el calor agobiante del verano. Entendió que, por más que lo intentara por horas y horas, jamás lograría identificar el lugar en el que se hallaban. Pero no lo diría; no quería asustar todavía más a las chicas. Entonces, a través de los árboles que se levantaban a su derecha, logró distinguir las líneas de una construcción, cruzando una gran extensión de terreno abierto.

—Vamos —les indicó, decidida—. Allá hay una casa. Vayamos a pedir ayuda.

Pero Ernestina dudó.

—¿No deberíamos esperar aquí?

—¿Esperar a quién?

—No sé... A alguien. ¿Vos qué decís, Nati?

La Rusita no respondió. Se limitó a menear su cabecita rubia mientras se tocaba el codo del brazo derecho, allí donde había recibido un golpe tras el choque. Se le estaba formando un moretón. Su silencio exasperó a la Tina. Estaba a punto de reprenderla, y, antes que Carla se lo impidiera, la morocha reparó en algo caído entre los pastos que besaban el camino a la izquierda, junto antes donde la línea de árboles comenzaba. Se acercó y descubrió el cuerpo reventado del ternero, muerto, con sus ojos como pelotas abiertos; la lengua colgando laxa fuera del hocico y las vísceras asomando por un gran tajo abierto en un costado de su abdomen.

La Rusita se acercó, tomando por el brazo a la Colorada quien, por curiosidad, también se había arrimado al cuerpo del animal. Ahora entendió por qué el viejo había perdido el control de su camioneta, claro

que también éste estaba tan borracho como un vikingo de parranda.

—Pobrecito... —murmuró la Rusita.

—¡Ajjj! ¡Ya se está llenando de moscas! —notó la Tina, con repulsión.

—¿Dónde estará su madre? —se extrañó la Colorada, mirando a los alrededores.

Ernestina tomó una rama caída junto al tronco de un árbol. Advirtiendo lo que su compañera estaba a punto de hacer, la Colorada intervino:

—No hagas estupideces...

—Quiero ver si las tripas son blanditas o duras —explicó la Tina.

—No Tina, no lo hagas —suplicó Natalia. Pero la morocha no les hizo caso. Acercó el palo al amasijo de vísceras y lo hundió en un pedazo de intestino.

—Es blando... Y también algo duro... —notó.

—¡Es un asco! —exclamó Carla.

—Sí, pero...

Cuando la morocha estaba por revolver las tripas desparramadas, el cuerpo del ternero muerto agitó una de sus patas traseras. Fue un movimiento rápido, algo así como una patada hacia atrás. Fue sólo un reflejo, por supuesto, pero bastó para que las tres chicas salieran disparadas hacia la camioneta, muertas de miedo.

Carla, furiosa (seguramente mucho más por haber permitido asustarse delante de sus compañeras que por la idiotez que había hecho la Tina), quitó la rama de la mano de la morocha y la arrojó a un costado. Subió luego a la caja de la camioneta y tomó las tres maletas y las repartió con sus dueñas.

—Vamos —ordenó, mientras saltaba—. Antes de que hagan otra estupidez...

Las tres se adentraron en los árboles junto al costado derecho del camino.

4

Don Velázquez se encaminó hacia la parte trasera de su caserón, encontrándose con tres muchachitas que, bajo el fuerte sol veraniego,

llegaban desde la izquierda, cruzando el campo de pastos altos. Una de ellas, la que marchaba en el centro y un poco adelantada de las otras dos, alzó la mano, dándole un cansado saludo. El viejo no pudo evitar sentir gran extrañeza al estar delante de aquella escena. Cordial como lo era, le devolvió el saludo.

—¿Qué les pasó? ¿Se perdieron? —les preguntó, cuando ya estuvieron cerca. Se arrepintió de haber hecho una pregunta tan estúpida, pero fue lo primero que se le vino a la mente en ese momento. Notó que eran muy jovencitas, sobre todo la del cabello rubio.

—Tuvimos un accidente —informó una de ellas, la que tenía una gran melena roja—, en el camino. Nuestro... —dudó, buscando la palabra justa para utilizar— *chofer* golpeó a una vaquita y se estrelló contra un árbol. No sé si el animal era de usted, pero lo sentimos...

Epifanio no se molestó, a pesar de las grandes posibilidades de que, efectivamente, el animal fuera suyo. La inesperada llegada de esas tres chicas fue lo que realmente le preocupó. Vio que el sudor les caía por sus mejillas y un semblante que mezclaba miedo e inquietud se dibujaba en sus rostros, principalmente en la rubiecita y la morocha.

—El viejo está muerto —dijo esta última, secamente, sin que él se lo hubiese preguntado. Entendió que se refería al chofer y notó un extraño dejo de satisfacción en esas palabras, mientras que la del cabello rojizo le dirigía una mirada de reprimenda a su amiga.

Sorprendido y con su habitual tranquilidad, Epifanio preguntó:

—Y... ¿están seguras de eso?

—No se mueve y le sale sangre de la boca como si fuera una canilla —respondió la pelirroja, quien parecía ser la mayor de las tres, como entendió el viejo Velázquez.

—Y bien muerto está —insistió la morocha de rostro redondo.

—Basta, Tina... —volvió a reprenderla su amiga, fulminándola con los ojos.

El viejo decidió que era muy pronto para hacer más preguntas. Obviamente, se las notaba nerviosas por el reciente accidente mencionado, por lo que decidió hacerlas más tarde, cuando estuvieran más tranquilas. Era un hombre sensato.

—Oh, lo siento —dijo—. Yo me ocuparé luego. Vengan —indicó, mientras les señalaba el camino a la puerta trasera del caserón—. Les daré agua fresca para que beban, además de poder quitarse el sudor. Ah, me llamo

Epifanio Velázquez. Les presentaré a mi esposa; ella se alegrará de recibirlas en nuestra casa.

El viejo las ayudó con las maletitas y transitaron el enorme jardín trasero a través de un sendero cubierto por piedras grises, mientras la Colorada le brindaba sus nombres al señor Velázquez. Éste abrió la puerta.

—Luisa —anunció—. Tenemos visitas.

Su esposa, sorprendida, miró a las recién llegadas. Estaba amasando pastas caseras, por lo que se limpió sus manos cubiertas por harina en el delantal, y, sonriendo como siempre, saludó cálidamente a las chicas, no sin antes dirigirle una mirada fugaz de extrañeza a su marido. La chica pelirroja la notó, por lo que se apresuró a explicar.

—Tuvimos un accidente —dijo—. Pero no queremos causar molestias...

La mujer mostró una expresión de compasión, mientras le acariciaba el cabello rojo a la muchacha que se había presentado como Carla.

—¿Se lastimaron? —les preguntó, con dulzura. Las tres negaron estarlo—. ¿Vienen de la ciudad?

Las chicas asintieron.

El señor Velázquez se dirigió a la cocina.

—El conductor no tuvo tanta suerte —dijo, mientras llegaba con una bandeja llevando tres vasos repletos de agua helada—. Voy a ir ahora mismo a ver, aunque, según lo que me dijeron, no voy a poder hacer mucho por él. —Les dio un vaso a cada una y les indicó que tomaran asiento en unas sillas dispuestas alrededor de una mesa de madera muy antigua—. Luego voy a traer al cabo Rivadeneira. Después vamos a ocuparnos de regresarlas de alguna forma a la ciudad.

Al oír la palabra "cabo", la reacción de pavor en Natalia fue muy evidente. Sus ojos azules se abrieron como platos y su cuerpo pequeño se tensó; le dirigió una mirada de súplica a Carla, quien tampoco pudo evitar el sentirse algo incómoda. Esa combinación de palabras, "cabo" y "ciudad", les produjo escalofríos...

Luisa notó el poco disimulado intercambio de palabras silenciosas entre las chicas y supo que algo no andaba bien. Claro que la aparición de tres jovencitas de ciudad, viajando solas en una camioneta estrellada en el camino cercano a la casa tampoco ayudaba a proyectar una imagen de cotidianidad. Era una escena que derramaba anormalidad como un barril de vino agujereado; no había que ser un detective de Scotland Yard para darse cuenta. Epifanio recordó la forma despectiva con la que se había

referido la chica de nombre Ernestina al conductor muerto y convino con su esposa sólo con la mirada. Las chicas estaban ocultando algo. Y empezó a imaginarse lo que podía ser. Por la expresión de su esposa, supo que ella también se había hecho una idea.

—No se preocupen —las tranquilizó, con complicidad—. Voy a ir a echar un vistazo, solo. Luego veremos. ¿Les parece bien?

Luisa sonrió amablemente.

—Estoy preparando la comida —dijo—. Y creo que amasé demasiada pasta. Alcanzará para todos.

—La *filetto* que ella prepara es deliciosa —señaló Epifanio—. Hoy serán nuestras invitadas y van a poder saborearla. Pero antes... —Alzó el dedo índice de la mano derecha. Carla entendió que el viejo quería saber quiénes eran. Y supo que no tenía sentido alguno el tratar de ocultarlo. Ambos no parecían ser malas personas—. Entiendo que estén asustadas, pero pueden confiar en nosotros.

El viejo y su esposa transmitían un aura de bondad como nunca antes habían notado las chicas en persona alguna. No sabían lo que era el amor paternal ya que ninguna lo había experimentado. Carla se había marchado de su casa cuando apenas estaba entrando en la adolescencia, tras sufrir por años y años el abuso de su padrastro y la pasividad de su madre ante esto, yéndose a vivir con una tía solterona. Era una mujer amable, pero distaba mucho de ejercer algo parecido al amor de una madre. Ernestina, por su parte, había sufrido una infancia entre explotación infantil en los sembrados donde vivía junto sus padres y sus ocho hermanitos, bajo el yugo de un portugués hijo de mil putas, el cual les pagaba con migajas, además de tener por costumbre llevarse a la niña a su caserón para someterla. Lo hizo durante muchos años, casi a diario, por lo que, cuando llegó al pueblito el hombre de Osorio y le propuso abandonar ese infierno, Ernestina aceptó. Claro que, con el tiempo, la sospecha de que sus padres recibieron un dinerito extra por parte de aquel tipo resonaron fuertemente en su confundida cabeza. Y la Rusita, bueno, ella jamás convivió con alguna familia fuera de aquella que conformaban sus compañeros de andanzas callejeras. Lo más cercano a una familia eran Carla y la Tina.

El aroma de la salsa cocinándose en la hornalla brindaba una candidez nunca antes sentida por ninguna de ellas. En ese momento, la Rusita estalló en llanto. Carla la tomó de la mano, logrando sólo acrecentar sus lágrimas. Sus ojos también se humedecieron, al igual que los de Ernestina. Entonces habló. Contó todo, absolutamente todo.

El Costa Azul.

Osorio.

Madame Cristal.

La esclavitud.

La redada.

El calvario de la Rusita y la Tina y el de todas las otras chicas del burdel, incluso el de ella misma porque, a pesar de haber entrado a ese mundo por voluntad propia, bien sabía que, en caso de querer abandonarlo, no se lo permitirían de ninguna manera.

El matrimonio Velásquez lo había sospechado apenas las chicas llegaron a la casa, pero escuchar ese relato truculento, oscuro, los conmovió de sobremanera. Luisa hizo un gran esfuerzo por contener sus propias lágrimas, cuando acudió a ella el recuerdo de Catalina. La imaginó viva, pero no con esa sonrisa tan habitual en ella; esa sonrisa típica, alegre, desconocedora de los terrores del mundo que poseen las chicas y chicos. En su mente, el rostro de Catalina estaba nublado, gris, apagado, encerrado en ese sórdido mundo que creaban las palabras de la muchacha. Sintió un escalofrío que le estremeció todo su viejo cuerpo. Al finalizar el relato, Luisa abrazó a las chicas, finalmente rompiendo en llanto ella también.

Epifanio, sentado en la misma mesa, maldijo en silencio a esas personas que aprobaban y permitían situaciones como el calvario que vivían esas chicas. Y, sin dudarle un instante, allí mismo tomó una decisión.

Costara lo que costara, esas tres muchachas no volverían a pasar por eso. Lo juró para sí mismo por la memoria de su hija.

5

Almorzaron las exquisitas pastas caseras de Luisa, saboreando la deliciosa salsa filetto que tanto había alabado su esposo. Y no se había equivocado ni tampoco había sido exagerado. Las chicas, una vez un poco más relajadas, disfrutaron aquella comida con una felicidad nunca antes sentida. Charlaron con confianza, sobre todo Ernestina, a quien no podían hacer callar. Hablaba de todo; habló de su sueño de visitar Europa y se sintió fascinada con los relatos de los ancianos sobre su niñez en España. Hasta la Rusita hizo referencia a su deseo de tener una casa como la del matrimonio, en el campo, pero repleta de perros en lugar de vacas. Tanto la Colorada como la Tina se alegraron al notarla tan vivaz, con sus ojos azules brillantes de felicidad, como nunca antes lo habían estado.

Tras el almuerzo, Epifanio se dirigió al lugar del accidente, no sin antes prometer a las muchachas que no iría en busca del cabo Rivadeneira.

Como bien sabía que nadie circularía por el camino donde la camioneta mencionada por las chicas se había estrellado, recién a la media tarde se dirigió hacia el lugar. El sol caía inclemente sobre su cabeza, cubierta en ese momento por una boina de un color gris muy gastado. Alcanzó el camino y, al mirar hacia la derecha, notó la camioneta a un costado. Se acercó sólo acompañado por el chirriar incesante de los insectos veraniegos. En primer lugar echó un vistazo a la cabina, notando que, tal como habían afirmado las chicas, el conductor ya era cadáver. Algunas moscas revoloteaban cerca de sus ojos entrecerrados. La sangre que manó de su boca y nariz había comenzado a coagularse hacía ya un buen rato, ennegreciéndose. Entendió que había que hacer algo con ese cuerpo. Y debía hacerse rápido. Como les había prometido a las muchachas, no iría en busca de la policía, aún a pesar de que eso sería lo correcto y lo que haría cualquier persona en su lugar, pero, recordando el dolor sufrido por ellas y entendiendo que si regresaban a la ciudad bajo las garras de tipos como aquellos que las esclavizaban, volverían a pasar por ese mismo infierno quién sabía hasta cuándo.

Retrocedió unos pasos, adentrándose en el camino de tierra reseca, cuando escuchó un zumbido mucho más potente llegando por detrás. Se volvió y vio los restos del ternero arrollado, con sus entrañas expuestas debido al impacto. Las moscas se arremolinaban sobre la carne roja, dándose un festín en ese restaurant de primera clase que era para ellas ese cuerpo todavía fresco, quizás demasiado fresco para sus selectos paladares.

Regresó su atención al problema más urgente.

Ese cuerpo no podía seguir allí por más tiempo. Maldijo al mecánico que se había llevado su tractor y la parsimonia con la que solía trabajar. Era bueno en lo suyo, pero se tomaba su tiempo aquel vago...

Si el *tano* Della Testa, el vecino que vivía a unos tres kilómetros de distancia, no se hubiera marchado el día anterior para visitar a su hijo en la ciudad de Córdoba, sin duda alguna él lo hubiera ayudado con su poderoso tractor. Entonces, Epifanio hizo lo único que tenía a su alcance: retiró el cuerpo del conductor; lo arrastró fuera de la cabina hasta dejarlo entre los troncos de los árboles, junto a una hondonada creada por un rejunte de raíces. No sintió ningún tipo de condolencia ni remordimiento por aquel tipo, lacayo de gente indeseada que sólo sirve para hacer el mal. Cuando su vecino volviera, se encargarían de él. Luego regresó a la cabina; se montó en la butaca, notando la sangre que había enchastrado el fondo, sintiendo sus zapatos chapotear en ese líquido pegajoso. Intentó encender el motor, pero no lo logró. Se bajó y, pensativo bajo el sol, entendió que, por el momento, la camioneta seguiría en el mismo sitio. No era la mejor solución; en realidad, no era ninguna solución, pero, sin algo como un tractor, mucho no podía hacer. Después de todo, era un hombre

viejo por más vigoroso que se sintiera.

Permaneció de pie sobre el camino, con ambas manos en su inexistente cintura. Sabía que esa camioneta allí levantaría sospechas ante cualquier viajero, aunque los que transitaban por ese sendero diariamente eran contados con los dedos de una mano, y mucho menos lo hacían durante los fines de semana.

Pero Epifanio sospechaba que, lamentablemente, alguien pronto transitaría por ese camino polvoriento...

Algunas nubes se estaban juntando en el horizonte, llegando desde el norte.

Esa noche llovería.

Cuando regresó al caserón, Epifanio se encontró con su esposa consolando a Natalia, quien nuevamente estaba llorando desconsoladamente. Carla le acariciaba el cabello rubio, mostrando una leve sonrisa cuando notó la presencia del viejo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Epifanio. La Colorada meneó la cabeza. Su esposa Luisa le respondió.

—No ocurre nada, no te preocupes —sostuvo—. Notaron la foto de Catalina. —La señora señaló hacia un mueble que descansaba sobre una de las paredes, sobre el cual había gran cantidad de fotografías en sus respectivos portarretratos de finos diseños—. Quisieron saber qué había pasado con ella y les conté la historia...

Epifanio se acercó a la jovencita.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo —dijo—. Dolió muchísimo, claro, pero decidimos seguir. Es más, toda eventualidad, por más dolorosa que sea, es parte de la vida. Se debe afrontar y seguir adelante; hay que pasar sobre ésta y dejarla atrás y recordar los buenos momentos...

—Es que ella —intervino su esposa—, está dolida por lo que dijo antes de la comida...

Epifanio frunció el ceño. Su mujer se lo recordó.

—Dijo que su sueño era vivir en una casa como esta, rodeada de perros...

Entonces el viejo lo entendió. Su hija había muerto bajo las fauces de una jauría de perros. Y la jovencita se sentía culpable por haber dicho aquello.

El hombre sonrió dulcemente y, sentándose en la mesa, dijo:

—Vas a poder tenerlos —sostuvo—. Aquí mismo, en esta casa si es lo que deseás. Se los aseguro: ustedes tres se quedarán aquí. Jamás volverán a ese antro.

6

La tarde transcurrió lentamente. Luisa les mostró la ubicación del baño a las chicas y les dijo que, si así lo querían, podían darse un refrescante baño. Las tres así lo hicieron, sin dudarle un instante. Luego se cambiaron con las ropas que habían traído en sus maletas y la señora las condujo a un enorme cuarto, en el cual había dos camas. Les dijo que luego traerían otra de un cuarto contiguo y la colocarían allí, para que las tres estuvieran juntas. Más tarde, prepararon un delicioso bizcochuelo en el horno.

Estaban alegres. Carla notó la sonrisa en el rostro de Natalia y se sintió feliz, ya que nunca antes le había visto una sonrisa auténtica. Lo mismo ocurrió con Ernestina. Pero ella, alerta como lo era por naturaleza, sabía que no estaban a salvo y, por más que ese amable matrimonio lo asegurara, las posibilidades de regresar al Costa Azul eran aún muy grandes, enormes.

Mientras las chicas se bañaban, Luisa se acercó a su esposo.

—Sabes tanto como yo que vendrán por ellas —le dijo. Su esposo asintió—. ¿Qué vamos a hacer?

Epifanio la estrechó en un fuerte abrazo.

—No vamos a dejar que se las lleven —afirmó. Su mujer le devolvió el abrazo y, dándole un tierno beso, convino con él.

—No los vamos a dejar —sostuvo.

Más tarde, todos se reunieron en el patio trasero, mientras tomaban una bebida refrescante. Luisa se echaba aire con un abanico de madera, adornado con un bello dibujo japonés pintado a mano. Les había dado uno a cada chica.

—Podrán ayudarnos en la casa —propuso Epifanio—. Mañana veremos qué puede hacer cada una de ustedes. Es una casa muy grande y demanda mucho trabajo. Serían de gran ayuda.

—Sería bueno que les explicaras dónde terminan nuestros terrenos —señaló Luisa. Y aclaró—: No es que nuestros vecinos sean gente mala;

todo lo contrario, pero no está de más saberlo.

Epifanio asintió.

—Sí —convino—. Hacia allá —indicó con un dedo hacia la derecha—, está la finca del tano Della Testa. Está del otro lado del camino por el que chocó la camioneta, tras la otra hilera de árboles. Es un excelente vecino, tanto él como su esposa. A la izquierda, vive don Rogelio. Su casa está más lejos que la del tano. Vive solo, bah, con sus vacas y algunos caballos. Su esposa murió hace unos años...

—A él no lo vemos mucho —acotó Luisa.

—Pero prepara un licor casero exquisito —prosiguió el hombre—. Algún día le pediremos para que lo prueben. —Luego señaló hacia la parte delantera de la casa—. Hacia allá no hay nadie en muchos kilómetros, hasta llegar a un pequeño tambo que pertenece a una firma lechera. —Con el pulgar indicó un punto a su espalda—. Y hacia allá, bueno, si se acercan, van a ver una larga alambrada. Esas tierras pertenecen a *Chester*.

—¿Quién es ese? —preguntó Ernestina. Fue Carla quien le respondió, entendiendo a quién se refería el viejo.

—La *Chester Oil* —dijo—. La empresa petrolera, esa con el logo de las gotitas negras que salen del suelo.

—Ah... —balbuceó la chica, no muy convencida que digamos. Epifanio asintió.

—¿Y qué hacen por estos lados? —quiso saber Carla. El viejo se encogió de hombros.

—No lo sé —afirmó—. Quizás hayan encontrado petróleo o algo parecido. No tengo mucha idea de esas cosas. Desde aquí no se ve nada, ya que hay algunos árboles allí, a pocos metros de la alambrada. Sé que hay una laguna en esos terrenos, no muy lejos; y que algunos chicos venían del pueblo para pescar, pero al parecer los custodios los corrían. Así que, si quieren ir a nadar en ella, no se los recomiendo —bromeó—. Con el tiempo, nadie más se acercó. Nunca tuvimos problemas, pero, por las dudas, no se acerquen a los terrenos de Chester.

El ardiente sol comenzaba a lanzar esos anaranjados fulgores que preceden a la puesta. El campo sin sembrar, cubierto por una hierba de medio metro recibía todo ese baño de luz, convirtiéndolo en un océano dorado. Pero las nubes que llegaban desde el norte seguían avanzando.

Pasaron las siguientes horas escuchando largas historias de parte de Epifanio y su esposa, las cuales fascinaron a las chicas. Cuando el sol lanzaba sus últimos estertores de vida y las nubes ya estaban a punto de cubrir el cielo, Luisa las invitó a regresar al interior para que la ayudaran a preparar la cena.

—Yo iré en un rato —informó Carla—. Quiero hablar con el señor Velázquez, si él me lo permite...

—Por supuesto —dijo el viejo. Sabía sobre lo que la joven de cabello color fuego quería hablarle.

Cuando estuvieron solos, Epifanio habló en primer lugar.

—Sé lo que me vas a decir —afirmó—. Y sí; yo pienso lo mismo.

—Esta noche, seguro —dijo la Colorada—. A más tardar a la madrugada.

El viejo asintió.

—Osorio ya debe saber que no llegamos a dónde sea que nos estaba mandando —prosiguió la chica—. No se va a quedar quieto. Él no va a perder... *recursos*, así nomás, simplemente olvidándose.

—No, claro que no. Esa gente no olvida.

El sol era apenas un punto brillante desapareciendo en el horizonte. Las nubes ya estaban sobre ellos, dejando apenas un espacio diminuto donde el sol moría.

—Creo que lo mejor va a hacer que mis compañeras y yo nos vayamos —dijo Carla—. Estamos poniendo en peligro a su esposa y a usted.

Epifanio meneó la cabeza.

—Esta noche habrá tormenta —dijo, señalando el cielo oscurecido—. Vamos a cenar todos juntos. Charlaremos hasta tarde si así lo quieren, o podrán acostarse temprano si están muy cansadas, pero ni que se me viniera toda *La Camorra* encima las dejaría irse.

Carla apenas sonrió. Estaba preocupada por lo que podía suceder en las siguientes horas.

—Entonces... ¿Qué va a pasar? —preguntó.

—Bueno, va a pasar que iremos a ayudar a mi esposa y a tus amigas a preparar la cena. Pero primero me vas a ayudar a llevar una cama a la

habitación en la que van a dormir a partir de esta noche.

El viejo se puso de pie y acompañó a Carla, tomándole la mano, hasta el interior del caserón.

—Ese tipo se va a arrepentir si pone un pie en mi casa —aseguró.

7

Alrededor de las once de la noche, las chicas decidieron acostarse. La Rusita estaba muerta de sueño, durmiéndose en la misma mesa en la cual habían disfrutado una exquisita cena consistente en un tierno estofado muy aromático. Se habían permitido una copita de vino cada una, por lo que la modorra no tardó en llegar. Carla acompañó a sus amigas a la habitación. Se vistieron con los camisones que habían traído desde el Costa Azul y se metieron en la cama. Le noche era calurosa, quizás tanto como el día. Ninguna de las tres se animaba a decirlo, pero, debido a sus rostros preocupados, disimulado bajo una cansada sonrisa, todas estaban compartiendo el mismo pensamiento: Osorio.

Cuando el silencio retornó al hogar, Luisa encontró a su esposo abriendo una de las vitrinas de la sala de estar. No estaba buscando algún vasito para servirse una medida de ginebra, como acostumbraba hacerlo todas las noches, pero no se sorprendió al verlo retirar la escopeta de doble caño; ya sabía que haría eso. Epifanio poseía varias armas, algunas de las cuales ocultaba en distintos lugares de la casa. Uno nunca sabía qué loco podía llegar una noche a su caserón para aprovecharse de una pareja de ancianos. Y era un excelente tirador. No hubo intercambio de palabras con su esposa; tan sólo miradas de consentimiento, además de serenidad y dulzura.

Epifanio besó a su mujer y, con la escopeta y algunos cartuchos que guardó en un bolsillo de su pantalón, salió al patio trasero, cerca de la medianoche, no sin antes agarrar una taza de café recién preparado. Luego ascendió por una escalera descubierta junto a una pared lateral de la casa y alcanzó la pequeña terraza, una de las dos que había en la construcción, una en cada extremo de la misma. El lugar estaba cubierto por un techo de lona, el cual podía quitarse si alguien quería disfrutar de las estrellas en alguna noche de insomnio, pero, como los relámpagos cercanos brillaban amenazantes, el viejo decidió no quitarla. Se acomodó en una silla de jardín junto a una mesa de hierro y mármol, sobre la cual dejó la taza. Colocó sus pies sobre un banquito mullido y apoyó la escopeta sobre la mesa, suavemente. Tomó la taza y, acompañado por los primeros truenos que llegaban desde la lejanía pero con cada minuto que pasaba lo hacían más cerca, se dispuso a observar hacia el camino de tierra, el cual, por supuesto, era imposible de discernir debido a la oscuridad y los árboles. Cada tanto, un relámpago reflejaba su luz sobre

la hierba, convirtiendo por una fracción de segundo la noche en día.

Y allí aguardó.

Cerca de las tres de la mañana, finalmente llegó la lluvia llegó, casi sin advertencia. Comenzó a caer de forma brutal, apocalíptica podría decirse. El sonido ensordecedor apenas dejaba lugar a los truenos cavernosos. Pero Epifanio se mantuvo firme en su atalaya, sin dejarse distraer por el diluvio. Su vista estaba clavada en algún punto invisible, pero donde él bien sabía que estaba el camino, el cual, si la lluvia no cesaba rápido, podría convertirse en un lodazal. Pensó que esta posibilidad podía jugarle a favor, pero también en contra. No le importó. Suciedera lo que suciedera, él se mantendría impertérrito en su decisión.

Fueron algo más de un par de horas de intensa tormenta, hasta que, poco después de las cinco de la mañana, la lluvia dio paso a unas tímidas gotitas que continuaron cayendo por unos minutos más. Epifanio sabía que los primeros rayos del sol, algo retardados por las nubes, comenzarían a mostrarse en cualquier momento. Fue entonces cuando notó las luces de un auto transitando por el camino de tierra...

El cuerpo del señor Velázquez se puso en alerta. Instintivamente, su mano cayó sobre la escopeta que descansaba sobre la mesa de mármol. Miró los focos, moviéndose lentamente sobre un camino que sin duda alguna no estaría en sus mejores condiciones. Un desubicado relámpago en una tormenta que moría brilló en la oscuridad. Quizás fuera tan sólo un vehículo conducido por un pobre tipo desviado de su camino debido a la torrencial lluvia, pensó, aunque todo su ser le gritaba que se equivocaba. Las luces avanzaban, cruzando por delante de la tranquera que daba acceso a su propiedad; en algún punto más adelante, seguramente se detendría al encontrarse con la camioneta accidentada. Y ahí comenzaría todo.

La manaza de Epifanio se aferró a la escopeta con fuerza. Comenzó a sentir la tensión en su cuello, todavía recto a pesar de su edad. El automóvil aún no se había detenido. Tal vez sí se trataba de un conductor perdido después de todo, volvió a pensar. Pero, por supuesto, no era un conductor perdido.

Los focos se detuvieron finalmente. Los árboles le impedían a Epifanio ver con detalle, pero podía imaginarse lo que estaba ocurriendo: un tipo (no el tal Osorio ya que él, con seguridad y aunque Epifanio no lo conocía, no se mojaría el traje caro que acostumbraban a vestir calañas como esas) había descendido del automóvil para investigar la camioneta; se cercioraría de que no hubiera nadie dentro (al menos nadie vivo) y regresaría al vehículo, para luego hacer, bueno, lo que estaba haciendo en

ese momento...

El automóvil maniobró en el barro, para regresar por donde había llegado. Recorrió un par de cientos de metros hasta alcanzar la tranquera, la cual siempre estaba abierta, tal como los Velázquez lo querían. Entonces, hizo un viraje hacia la izquierda, ingresando en la oscuridad a los terrenos de Epifanio.

El viejo, de un salto y cargando con la escopeta, descendió los mojados escalones exteriores lo más rápido que su cuerpo le permitió, abandonando la terraza. Entró por la puerta trasera; cruzó el interior del caserón, dejando tras de sí las marcas de su calzado sobre el suelo, lo que, en cualquier otro momento, hubiera causado la ira de su esposa. Llegó a la entrada delantera, encontrándose con Luisa, quien le dirigió una mirada asustada, como pocas veces él había notado en ella. Le indicó que esperara adentro, en el comedor, mientras él se paró desafiante delante de la puerta, dejando la escopeta oculta a un lado.

El lujoso automóvil, como pudo notar, se detuvo a unos metros, sobre un sendero pedregoso bordeado por plantas bajas. Del mismo descendió, en primer lugar, un tipo grandote, ancho, vestido con traje negro y sombrero. Le dirigió una mirada, entrecerrando sus ojos, como estudiándolo.

—¿Se perdió por la tormenta? —le preguntó Epifanio. El tipo no le contestó. Abrió la puerta trasera, permitiendo la salida del pasajero. Un hombre flaco, bajito, de gran bigote y ojos enormes, peinado hacia atrás con gomina, pisó el suelo de piedritas con un par de zapatos bien lustrados. Llevaba también sombrero. Se acercó a Epifanio, quien tuvo que bajar su vista para poder mirarlo a los ojos.

—Buenas noches, señor —saludó, con una voz aflautada, mientras sonreía, mostrando unos dientes perfectos en su cara de rata—. ¿O ya debería decir buenos días? No importa. ¿Es usted el dueño de casa?

Epifanio asintió.

—Soy el señor Velázquez —dijo.

—Ah, un gusto, señor Velázquez. Mi nombre es Augusto Osorio —se presentó, mostrando una horrible e hipócrita sonrisa—, aunque, no sé por qué, tengo el ligero presentimiento que ya lo sabía. Ya habrá escuchado mi nombre. ¿Acaso me equivoco?

Epifanio no respondió. ¿Esta porquería de persona, este enclenque de cincuenta kilos de rostro de roedor desagradable era capaz de ejercer

tanto terror como para tener bajo control a decenas de personas?

—Bueno —prosiguió—, no daré más vueltas entonces. —Alzó el dedo índice derecho y lo agitó en el aire—. Estoy muy seguro que usted tiene algo que me pertenece... Si no es mucha molestia, le agradecería que me devolviera ese "algo"...

Epifanio pensó en negarlo, pero supo que de nada serviría. Irguió lo más que pudo su gran volumen corporal, como hacen algunos animales cuando se ven amenazados.

—Está usted en lo cierto —convino—. Pero se equivoca al decir que eso le pertenece. Señor, la esclavitud desapareció hace mucho tiempo, no lo olvide.

Osorio rió, mostrando todavía más sus dientes, mientras miraba a su guardaespaldas, quien también reía en complicidad. Claro que no era gracioso, pero era un matón, no un estúpido. En ese momento, Luisa se asomó por detrás de su esposo.

—Buenas noches, señora —saludó Osorio, quitándose el sombrero en falsa galantería—. Entiendo que debe ser la señora Velázquez. Le agradecería que hiciera entrar en razón a su esposo. Por favor, es para evitar algún que otro contratiempo, ¿se entiende?

Epifanio escuchó un llanto apagado en algún lugar por detrás, dentro de la casa. Se volvió y vio a las tres chicas, al pie de la escalera que llevaba al piso superior. Estaban vestidas con los camisones. La Rusita era la que lloraba.

Carla no había dormido en toda la noche, temerosa de lo que, inevitablemente, sucedería. Dejó descansar a Natalia y a Ernestina, quienes, muy cansadas, pudieron dormir algunas horas. Desde la ventana del cuarto miró el diluvio acaecido durante la madrugada, hipnotizada por el fulgor de los relámpagos y estremecida por los truenos que retumbaban en las paredes del caserón. Poco antes que la lluvia cesara, decidió acostarse, aunque sabía que no lograría dormirse. Fue entonces, al finalizar la tormenta, cuando vio el resplandor de unas luces reflejarse en la pared de la habitación, llegando desde la parte delantera de la casa. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, mientras que el terror le impidió acercarse a la ventana. Luchando contra el miedo de lo que sabía estaba a punto de suceder, logró asomarse, confirmando sus miedos. Temblando, despertó a las chicas, quienes inmediatamente comprendieron lo que estaba ocurriendo. La Rusita se estremeció, mientras que la Tina permaneció inmóvil, con los ojos bien abiertos, sobre la cama, tomándose ambas rodillas con sus brazos. Carla tuvo que sacudirla para que reaccionase. Volvió a mirar por la ventana y vio a Osorio, delante de la

puerta, junto a uno de sus matones. No había tiempo para nada.

Entonces, la Colorada les ordenó a ambas que bajaran a la sala de estar. Tenía que hacer algo por ellas, rápido.

Y supo lo que debía hacer...

—¡Mis amores! —gritó Osorio, apenas las vio, trémulas, al pie de la escalera, vestidas sólo con sus camisones—. ¡Me tuvieron muy preocupado! Tenía miedo que les hubiera sucedido lo peor...

Carla se acercó por detrás de Epifanio, asomando por el hombro izquierdo de éste.

—Estamos bien —dijo.

Entonces, aprovechando que Osorio tenía su atención puesta en las chicas, el viejo alargó su mano hacia la escopeta. El guardaespaldas, por supuesto, notó el movimiento y entendió lo que estaba a punto de hacer. Rápidamente, desenfundó su pistola y apuntó al viejo. Natalia y Ernestina gritaron.

Osorio meneó su cabeza bien peinada.

—No señor Velázquez —dijo—. Veníamos bien; tratemos de mantenernos por el mismo camino para evitar inconvenientes indeseados. —Chocó sus manos—. Bien. Creo que no hay nada más por decir... ¿Nos vamos, chicas?

Epifanio estaba a punto de oponerse. Carla sabía que lo haría, por lo que se interpuso entre ambos.

—Señor Osorio —dijo—, quisiera hablar con usted, antes de irnos...

—Lo que quieras decirme, me lo decís en el auto.

—Quiero proponerle algo.

Osorio rió.

—¿Proponerme algo? —Miró al matón y rió aún más—. ¿Vendría a ser una especie de trato?

Carla asintió.

—Bueno, esto es algo inusual —dijo Osorio—, pero no por eso voy a decir

que no me siento intrigado. Está bien.

Epifanio frunció el ceño, al igual que su esposa.

—¿Nos permite pasar, señor Velázquez? Vamos a mantener una charla con esta hermosa señorita. Y quiero que estén todos presentes.

Al principio, Epifanio dudó, pero, al notar la mirada de súplica que le dirigió Carla, aceptó y se hizo a un lado, permitiéndole el paso a Osorio. Obviamente, al tipo ese le importaba un carajo lo que sea que esa chica tuviera para decirle y sólo lo hacía por puro cinismo. Tras él ingresó el guardaespaldas, tomando la escopeta del viejo en primer lugar.

—Supongo que no le sería molestia invitarme con un café —intuyó Osorio, aunque sonó como si fuera una orden.

—Por supuesto que no —sostuvo Epifanio, invitando a los recién llegados al comedor.

La Rusita y la morocha fueron detrás de la Colorada, como si ésta fuera una especie de escudo. Las tres estaban descalzas. No se animaban a mirar a los ojos de Osorio. Epifanio sintió una ira creciente, como nunca había sentido antes en su vida, al ver el miedo que ese tipejo provocaba en las jovencitas.

Osorio se quitó el sombrero y se sentó junto a la mesa del comedor. Su acompañante permaneció de pie, un lado, unos pasos por detrás. Había guardado la pistola, sosteniendo ahora la escopeta del viejo, quien había ocupado otra silla, justo frente al hombre-ratón, mientras su esposa preparaba el café. Las chicas, sin sentarse, se colocaron junto al viejo, lo suficientemente cerca como para sentirse protegidas, pero a la vez lo bastante alejadas, temerosas de que Osorio lo considerara una ofensa.

Cortés como de costumbre, Luisa llevó a la mesa un trozo del bizcochuelo que habían preparado la tarde anterior. Lo dejó delante de Osorio, junto a un cuchillo y lo invitó a servirse, si así lo quería. El tipo cortó un enorme pedazo y se lo zampó en un par de mordidas.

—Exquisito —sentenció—. ¿Sabe una cosa? —le dijo a la señora—. Si no estuviera algo apurado, le pediría que me hiciera uno, para llevarlo y compartirlo con mis... *empleados*. En fin, Carlita, ¿qué era lo que me querías proponer?

La Colorada se acercó a Osorio, rodeando la mesa, mientras Luisa le alcanzaba una taza de café para luego regresar a la mesada, junto a la cocina.

—Lléveme a mí —dijo la chica del cabello de fuego—. Déjelas a ellas con esta gente.

Osorio escupió el café al oír aquello.

—¿Esa es tu propuesta?

—Sólo le estoy pidiendo que...

—No jodas, colorada —la interrumpió. Limpió con una servilleta las gotas que cayeron sobre la mesa.

—Ellas no soportarán mucho tiempo más en el burdel... —insistió.

—Soportarán hasta que yo lo diga —aseguró la rata humana, sorbiendo un poco de café.

Epifanio apretó sus puños.

—Puede buscarles un reemplazo. No le será muy difícil el... —replicó la chica.

—¡El café también es excelente!

—Estás personas son buena gente.

—¿Acaso yo no lo soy? ¿Acaso no las saqué de la miseria en la que vivían?

—Yo trabajaré el doble. Se lo aseguro.

Osorio se limpió la boca con la servilleta y, con movimientos pausados, se puso de pie.

La hoja del cuchillo con el que había cortado el bizcochuelo brilló como un relámpago cuando Osorio lo tomó de la mesa. El fulgor desapareció cuando la hoja se enterró en el vientre de la joven.

Fue un puntazo rápido. El cuchillo entró y salió en una fracción de segundo. Carla se volvió hacia dónde estaban sus amigas, mientras profería un grito que resonó en el gran comedor de la casa. Corrió esos pocos metros, con el terror en sus ojos. Todo fue tan rápido que nadie logró reaccionar frente a lo que había sucedido. Natalia y Ernestina la vieron rodear la mesa y acercarse; por un momento, como ella lo hizo con movimientos decididos, creyeron que Osorio no le había hecho daño alguno, pero, cuando estuvo a su lado, vieron el desgarró en la tela del camión. Y entonces ella se puso pálida como un cadáver, mientras una aureola roja en la tela blanca aumentaba de tamaño de manera

descontrolada. Carla se tomó el vientre, viendo con sus ojos desencajados como la sangre comenzaba a chorrear por sus piernas, alcanzando sus pies y el suelo, donde comenzó a formarse un gran charco. Luego, ya fuera de sí, quiso acercarse a Luisa, resbalando en su propia sangre y cayendo de espaldas en el suelo de baldosas. Allí adoptó una posición fetal. De su boca escaparon algunos gritos de dolor, los cuales cesaron al instante, mientras un lago rojizo crecía junto a su cuerpo caído.

Luisa, entonces, lanzó un alarido frente al horror de aquella escena. Se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡¿Por qué lo hizo!?! —exclamó, entre gritos de terror. Las dos jovencitas estaban petrificadas. La Rusita se orinó encima. La Tina se llevó una mano a la boca, pero no salió ningún grito por ésta. Estaba paralizada. Lo mismo ocurrió con Epifanio, a quien ni siquiera los gritos de su esposa hicieron reaccionar.

—Esta colorada siempre fue un problema —dijo Osorio a su matón—. ¿A cuántos clientes golpeó? ¿Cinco? ¿Seis? —Meneó la cabeza—. Esta estúpida nunca entendió cuál era su lugar.

Los gritos de Luisa eran desgarradores. Quizás fue el miedo ante lo que podía llegar a hacer ese hijo de mil putas si su esposa no se callaba lo que hizo volver en sí al señor Velázquez. Mirando como la chica del cabello rojo yacía sobre el suelo de su cocina, deslizó su mano derecha, muy despacio, por debajo de la mesa. Era un hombre precavido.

Sólo debía elegir bien quien recibiría el disparo, ya que era un pistolón de un solo cartucho lo que escondía bajo la mesa, pero llevaba cartuchos en su bolsillo. No tuvo que pensarlo mucho.

Había que ponerle un fin a toda esa locura. Sólo debía ser rápido.

Osorio dejó el cuchillo sobre la mesa. Tomó su sombrero y se lo colocó.

—Señora, le agradezco por la torta y el café, pero, sin querer sonar descortés, me temo que debemos irnos. —Chasqueó los dedos, alzando su mano hacia las dos jovencitas muertas de miedo. Ambas, como si fueran autómatas, obedecieron.

El estallido del pistolón fue ensordecedor. Epifanio, con un ágil movimiento, impensado para alguien de su edad, quitó el sostén del arma oculta debajo de la mesa; la retiró y, casi sin apuntar, disparó al bulto, acertando sobre el rostro del matón, quien apenas llegó a levantar unos centímetros la escopeta. Su rostro se convirtió en una masa roja el instante, cayendo luego pesadamente contra la pared. La sangre y trocitos de carne con piel pegada salpicaron los ojos de Osorio, quien maldijo a Epifanio con una diatriba de insultos. Saltó de su silla, enfurecido, quizás

más por las manchas que recibió su traje que por la pérdida de su guardaespaldas.

—¡Maldito viejo hijo de puta!

Epifanio buscó en sus bolsillos un nuevo cartucho. Sus dedos, siempre ágiles, reaccionaron torpemente mientras escarbaban en las bolsas de tela. Osorio, por su parte, se agachó, hecho una furia, con el rostro deformado en una mueca de rabia, dándole una expresión todavía más horrible. Estiró su brazo en busca del arma caída. Epifanio encontró un cartucho; abrió el pistolón; colocó el cilindro rojo en su lugar y, antes de cerrar el mecanismo, alzó su vista y notó, con espanto, que Osorio le apuntaba con la escopeta —¡su escopeta!— directamente al rostro.

—¡Quietito, viejo! —amenazó. Su sombrero había caído cuando se sobresaltó tras el disparo—. Pensé que usted entraría en razón, a pesar de su insistencia en quedarse con mi mercancía, pero veo que me equivoqué. Entonces...

—¡Ellas no son su mercancía!

Osorio asintió con un decidido movimiento de su cabeza.

—Yo lo haré entrar en razón.

Dejó de apuntarle el rostro al viejo, cambiando de objetivo. Apretó el gatillo de la escopeta, la cual escupió dos atronadores estampidos junto a una nube de humo blanco.

Luisa cayó hacia atrás, con su espalda arqueada de forma imposible, apoyada sobre la mesada de la cocina, junto a la pileta de lavar los platos. Dos enormes heridas destrozaron su pecho, formando una grotesca mancha, como dos flores extendiendo sus pétalos. Sus ojos, muy abiertos, contemplaron a su querido esposo sólo por un par de segundos, hasta que se volvieron blancos. Su cuerpo resbaló, cayendo muy cerca del cadáver de Carla. La señora Velázquez ya estaba muerta antes de tocar el suelo.

—Luisa... —balbuceó Epifanio, viendo morir a su esposa.

El ver a la tan amable señora muerta, con el torso hecho añicos, actuó como un detonador tanto en Natalia como en Ernestina, quienes salieron corriendo del comedor, a los gritos. La Rusita se dirigió hacia la parte trasera, mientras que la morocha lo hizo hacia la derecha, hacia una puerta que daba a un pasillo interno del caserón.

Osorio maldijo. Arrojó la escopeta al suelo; se agachó y tomó la pistola de su guardaespaldas. No se preocupó por aquel viejo de mirada desencajada, ya que escuchó el ruido metálico del pistolón al caer sobre

las baldosas. Ese tipo ya había visto mucho más de lo que su anciana mente era capaz de soportar. Estaba boquiabierto, mientras no quitaba sus ojos del cuerpo de su mujer.

—Usted colmó mi paciencia —sentenció Osorio. Y le disparó a Epifanio Velázquez en el pecho.

La fuerza del impacto hizo que el voluminoso cuerpo del viejo cayera hacia atrás, con silla y todo. Sus ojos, con ese brillo tan característico de las personas ancianas, se llenaron de lágrimas. Estiró su brazo, tratando de alcanzar la mano de su esposa, pero Osorio, al pasar junto a él, se la pateó.

El dueño del Costa Azul fue hacia el camino tomado por Natalia. Luego, una vez aquella mierdita rubia estuviese encerrada en el auto, iría por la otra. Llevando la pistola en su mano, salió del caserón, por la parte trasera.

8

Ernestina apenas escuchó el último disparo, sonando apagado y lejano, mientras se ocultaba en el solitario pasillo, detrás de una gran maceta con una planta de interior. Luego, se echó a correr nuevamente. Había puertas a ambos lados de ese silencioso corredor. Empujó algunas, encontrándose con la mayoría cerradas con llave. Quería gritar, pero temía eso la delatara ante Osorio, quien, con total seguridad, pronto la atraparía.

No había estado antes en esa parte de la casa; parecía ser un lugar al que nadie había pisado en años: el suelo estaba inmaculadamente pulido, muy brillante ante las lámparas que colgaban del techo. Sus pies descalzos sintieron el frío de aquellas grandes baldosas con extraños diseños que formaban el corredor. El lugar parecía estar ajeno a cualquier tipo de sonido, escuchando sólo el ruido de sus pisadas y su agitada respiración. Una de las puertas se abrió al golpearla, encontrando dentro una habitación completamente vacía. Allí no podría ocultarse. Regresó sobre sus pasos y probó su suerte en otra. La puerta se abrió, hallando otra habitación vacía, aunque no del todo. Las ventanas estaban cerradas por completo, con las cortinas bajas. Estaba oscuro, muy oscuro. Un aire enrarecido penetró por la nariz de la chica de cabello negro y un aroma profundo la apabulló. Lo conocía muy bien: una vez, en el Costa Azul, a madame Cristal se le había antojado iluminar con velas las habitaciones donde las chicas ofrecían sus servicios, hasta que tuvo que desistir tras un accidente que involucró un poco de fuego.

Ese cuarto a oscuras rebozaba de olor a la cera de velas.

La Tina buscó, a tientas y sin atreverse a entrar por completo, algún interruptor, hallándolo tras palpar la pared de su derecha. Un par de

lámparas de muy poca intensidad se encendieron, llenando la habitación con una tenue penumbra, pero suficiente para mostrarle un inquietante espectáculo...

El suelo, allá donde se formaba el ángulo entre éste y las paredes, estaba repleto de velas apagadas, de todos los tamaños. Había velas delgadas; otras anchas, a medio consumir o ya reducidas a un amasijo informe. Había muchas, muchísimas. Ernestina sintió un escalofrío al ver un extraño símbolo dibujado en casi toda la extensión del suelo. Jamás había visto algo como aquello, pero no por eso pudo evitar el sentirse extrañamente perturbada, como si aquel rejunte de líneas y curvas marcadas y rodeada por las velas representara un peligro latente, casi palpable.

Allí había un terror invisible, desconocido, ajeno al horroroso espectáculo creado por Osorio, sólo que no podía verse. Pero la mente de Ernestina no estaba en sus mejores momentos de lucidez, por lo que no llegó a comprender en su totalidad lo que podía significar lo visto en ese cuarto, más allá de que no era algo normal.

Salió de la habitación, sin tomarse la molestia de apagar las luces. Osorio no había ido tras ella y temió por su amiga Natalia. Entonces, La Tina regresó al comedor, dejando atrás el silencioso pasillo de brillantes baldosas. Cauta y temblando sin control, estiró su cuello para mirar por la puerta. Y vio al señor Velázquez, caído, cerca de Luisa y Carla. La sangre que manaba de la gran herida en el pecho estaba cubriendo gran parte del suelo, al unirse a la de las otras dos víctimas.

Ernestina se acercó al viejo, pisando con sus pies descalzos la sangre espesa. Temiendo perder el equilibrio, se aferró de algunos muebles, hasta agacharse junto a Epifanio. Se sentó, sin importarle el nauseabundo líquido pegajoso. El hombre, aún con vida, la miró. La chica comenzó a llorar, mientras levantaba la cabeza del viejo y la colocaba en su regazo. Los ojos de Luisa estaban abiertos, apagados, fijos en algún punto en el techo. La Colorada yacía de costado, por lo que no podía ver su rostro. Las lágrimas de la Tina resbalaban por sus grandes mejillas.

—Tu... amiga... —balbuceó Epifanio. Al hacerlo, la sangre escapó por su boca.

—No hable —sollozó Ernestina, mientras le acariciaba la cabeza—. No hable... Por favor.

—Tenés que ir... por ella...

El viejo respiraba con dificultad. Ella supo que de nada serviría ir por Natalia. Ya estaba todo perdido. Osorio regresaría en cualquier momento,

con o sin la Rusita.

—Tenés que... advertirle —insistió el viejo.

La Rusita, con toda seguridad, ya sabría que Osorio estaba tras ella. No tenía sentido correr a ponerla en aviso.

—¿Sobre qué tengo que advertirle? —preguntó de todas formas. Epifanio cerró los ojos; parecía que se estaba quedando dormido. Ernestina recordó que, cuando una persona se encuentra en alguna situación similar a la de Epifanio, había que hacer todo lo posible para que no se durmiera. No sabía por qué, pero así tenía que ser.

—No se duerma —suplicó—. No se duerma, señor Velázquez.

—Tu amiga... tiene que saberlo... —dijo el viejo, abriendo sus ojos nuevamente.

—¿Qué cosa?

—¡No tiene que alzar la voz!

Ernestina frunció el ceño. El señor Velázquez alzó su mano derecha y se aferró a la tela del camisón de la chica.

—¿Por qué no tiene que hacerlo? —preguntó, confundida. El hombre volvió a toser sangre.

—A Chester... —balbuceó— No le gusta que hablen fuerte...

El viejo parecía estar delirando. Lo que decía no tenía sentido para la chica, quien dudó:

—Quizás la gente de la Chester ayude a Natalia...

Epifanio se aferró con más fuerza al camisón. Mirándola fijamente, sus ojos expresaron un terror absoluto. Y advirtió:

—Ellos... los trabajadores, se fueron hace mucho... ¡No es *la gente* de Chester!

—¿Y entonces?

—¡Es... Chester!

Fuera de la casa, el sol estaba asomando. Algunas nubes todavía no tenían intención de marcharse, formando acumulaciones grises en el rojo del amanecer. El campo estaba repleto de charcos embarrados. Natalia

corrió entre la hierba alta de la parte trasera, chapoteando en los depósitos de agua caída, hundiendo sus pies descalzos hasta los tobillos. Cuando llegó a la alambrada, recién en ese punto se volteó para comprobar si estaba siendo perseguida. Horrorizada, notó la flacucha figura de Osorio, algunos metros por detrás. Presa del terror, apenas reparó en el cartel clavado en un tronco pelado, muy antiguo. Tampoco se detuvo a pensar en las letras pintadas sobre la chapa horizontal, en la que alguien, hacía mucho tiempo por lo apenas legible de las palabras formadas por trazos apresurados, había escrito "Propiedad de Chester. No pasar". Por debajo de la frase aún era visible, a pesar del oxido, el logo de la compañía. Si no estuviera siendo perseguida por un loco sádico que había matado a dos mujeres unos segundos antes, la Rusita, que sabía leer muy bien a pesar de su complicada infancia, se hubiera extrañado por lo mal redactado del cartel.

Claro que, en ese momento, le importó un carajo, por lo que pasó su menudo cuerpo por entre los alambres...

—Nuestra hija se nos fue... —continuó Epifanio, entrecerrando los ojos por el profundo dolor—. La perdimos cuando... era una niña... Nuestra amada Catalina. Lo sufrimos tanto. Lo intentamos todo...

—¿Qué es lo que intentaron?

—Traerla de vuelta...

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Ernestina, lo que le obligó a alejar su rostro de los ojos de Epifanio. Una expresión de lamento se dibujó en el semblante del anciano.

—Don Rogelio —prosiguió el viejo—. Él nos habló... de viejos libros. Su esposa era... Ella practicaba ciertas cosas que había aprendido... en Europa y había traído consigo. Nos guió para traer a nuestra hija, pero... nos dijo que debíamos hacerlo... nosotros solos. —Soltó el camisón de la muchacha y, con un dedo trémulo, señaló hacia el pasillo de las baldosas brillantes, tras la puerta—. Lo intentamos allá... Hay un cuarto... al final del pasillo...

Ernestina entendió el por qué del terror que la invadió al descubrir la habitación de las velas y el símbolo en el suelo. Algo se había hecho allí, algo maldito, oscuro. Lo pudo sentir flotando en la penumbra. Entonces hizo una pregunta, temerosa de la respuesta que podía obtener...

—Su hija... *¿Está viva?*

Epifanio sacudió la cabeza, débilmente.

—No —sostuvo—. No lo logramos... Pero abrimos... *puertas*. Sabíamos que eso... podía ocurrir. Tomamos el riesgo. Y *algo* pasó a través de una. Tuvimos que... hacernos cargo. Lo alimentamos, de cualquier forma. —Alzó su cabeza—. ¡Ella tiene que saberlo! ¡El ruido le molesta!

—¿A quién, señor Velázquez? ¡¿A quién le molesta?!—

Pero Epifanio Velázquez cerró los ojos, como si sus párpados, repentinamente, se hubieran vuelto de plomo. Su cuerpo se relajó. La mano con la que se había aferrado al camión de Ernestina cayó a un costado de su cuerpo, mientras un largo suspiro escapaba de su boca sangrante.

Estaba muerto.

Con sus piernas blancas ahora negras por el lodo, Natalia continuó corriendo por los terrenos traseros. La casa del señor Velázquez había quedado atrás, mientras que, por delante, se acercaba un grupo compacto de árboles. Podía sentir los chapoteos de Osorio a su espalda, inquietantemente cercanos. Sin sudarlo, se lanzó adentró en los árboles.

Eran apenas un bosquecito pequeño; no le llevó más de un minuto el cruzarlo. Escuchó a Osorio maldecir tras haber caído al tropezarse con alguna raíz expuesta. Cuando estuvo del otro lado, sus hermosos ojos azules se enfrentaron a la laguna que el hombre del caserón había mencionado. Era un espejo de agua extenso, tal vez de unos quinientos o seiscientos metros de largo por otros tantos de ancho. Delante de ella había una especie de playita cubierta de barro. La jovencita se sintió desfallecer al notar que, a partir de ese punto, no tenía dónde ir. La laguna se extendía tanto a su izquierda como a su derecha. Sólo había dos opciones: meterse en el agua y nadar hasta donde se cuerpo cansado se lo permitiera o, quizás lo más fácil, continuar corriendo, bordeando la laguna. Para las dos opciones requeriría de un gran esfuerzo, cosa que no disponía y, si a eso se le sumaba al lodazal en que se había convertido el terreno, la cosa resultaba imposible.

Quizás sin darse cuenta, movida tan sólo por la desaparición de cualquier signo de esperanza, la Rusita, con su vista clavada hacia el frente, avanzó por la playita, acercándose al agua de la laguna.

Sus pies se volvieron pesados debido al barro. Entonces escuchó a Osorio, cerca, muy cerca, gritando...

—¡Mirá lo que le pasó a mi traje! ¡Mirá, hija de puta! —El tipo intentaba sacarse el lodo que le había manchado el saco y el pantalón—. ¡Y mis zapatos!

La Rusita se volvió hacia él, dándole la espalda a la laguna. Terriblemente cansada, se dejó caer de rodillas, quedando allí, inmóvil sobre el barro gris. Las lágrimas regresaron a sus ojos.

Estaba a punto de decir algo, pero sus palabras no lograron abrirse camino por su boca temblorosa. Osorio avanzó un par de pasos hacia ella. Llevaba la pistola del matón en su mano. Su cabello, siempre pulcramente peinado hacia atrás, estaba alborotado. Se lo acomodó, pero sus dedos sucios lo mancharon con barro.

—Bueno, ya está —sentenció—. No jodas más. Levantate y nos vamos.

Pero Natalia no se movió. No volvería al Costa azul. Estaba decidida. Si Osorio resolvía matarla por eso, pues bien, que así sea.

—Dale, pendeja, no llores más y vámonos de este lugar de mierda. Primero iremos por tu amiga, aunque me importa un carajo si no la encontramos. Vos valés por tres minas como ella.

Pero lo único que obtuvo como respuesta fue un llanto más profundo. Natalia agachó la cabeza. Sus largos cabellos rubios caían por delante de su pecho, tocando sus muslos.

Osorio resopló.

—Estoy perdiendo la paciencia, rusita de mierda. ¡Levantate, carajo! ¿Qué querés? ¿Volver a vivir a los caños, con todos esos atorrantes?

Nada.

El tipo, fuera de sí, levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—¡La puta madre, pendeja! —bramó, con furia— ¡¿Quién mierda te pensás que sos?! ¡Si lo sabés muy bien! ¡Sos una puta! ¡Sí, una puta! ¡Eso es lo que sos, una puta!

La Rusita escuchó un chapoteo a su espalda, sobre la laguna. Luego, sonidos similares a latigazos cruzaron el aire, sobre su cabeza, tan cercanos que sintió como sus cabellos flameaban por un instante. Un hedor nauseabundo, como de pescado podrido, acompañó a los sonidos. De pronto, Osorio no gritó más. Lo que vio la jovencita cuando alzó su vista la acompañaría por el resto de su vida...

Osorio estaba aprisionado por un par de tentáculos, tan gruesos como el tronco de un árbol. Uno de éstos se había enrollado en sus piernas, mientras que el otro lo hacía por el torso. La Rusita vio cómo los ojos del tipo parecían escapar de sus órbitas, mientras que un hilo de sangre manaba por su boca, por la cual escapó un quejido acuoso. Los

tentáculos, de un color marrón y rojizo, cubiertos por lo que semejaban ser escamas, se retorcieron sobre el cuerpo. Cuando esas cosas se replegaron, pasaron por encima de la cabeza de la Rusita, quien notó la sangre caliente de Osorio caer sobre sus brazos descubiertos. Luego, el mismo sonido de chapoteos por detrás.

Después, el silencio regresó a la laguna.

9

Algunos años después, el caserón en medio de la nada se convirtió en un conocido refugio para mujeres que pasaban por situaciones difíciles. Al *Hogar Catalina*, como lo llamaron, lo administraron dos hermosas y amables muchachas durante mucho tiempo. En el mismo campo donde se levantaba el refugio, un gran número de perros retozaba alegremente junto a las mujeres, corriendo entre las patas de decenas de vacas que pastaban tranquilamente. Algunas de las chicas que recién llegaban al lugar veían, casi siempre a primera o última hora del día y al menos una vez por semana, como un par de sus compañeras arriaban a una de las vacas adultas hasta llevarla más allá de un bosquecito que se levantaba tras una alambrada, para luego regresar solas. Jamás preguntaban qué pasaba con los animales que no regresaban, pero confiaban saberlo algún día.